

## ADOLESCENTES

Todo empezó en el canal o quizá fue el calor, porque mayo se anunciaba este año pujante de sol, como si anticipara el verano luctuoso que habríamos de vivir. Alberto nos había citado en el canal para la tarde, a pesar de Sandra, sin saber de Sandra con la regla y malhumorada, anticipando la sorpresa que Sandra le quería regalar con el tatuaje en la espalda, con el corazón atravesado por una flecha sangrante y Alberto con mayúsculas, ansiando el calor de junio y las camisetas de tirantes, la coartada del estío para mostrar la geografía humana de sus pechos floridos y el mapa de su espalda con la rúbrica azul de su amor indeleble. Pero entonces Alberto: “esta tarde en la acequia con el traje de baño”, y Sandra que era pronto, que aún hacía frío, que mejor lo dejaban para el fin de semana, pero ya las demás nos habíamos anticipado a confirmar la propuesta de Alberto, rindiendo pleitesía al gallo del corral, que más que gallo parecía pavo real con su metro ochenta, su pelo ensortijado y su hoyito en la barbilla por el que suspirábamos todas como gatas en celo. De nada sirvieron las notas apremiantes de Sandra en clase de matemáticas conminándonos a la deserción, ni su arenga al salir de la escuela para que desistiéramos de la cita, y a fe que a punto estuvo de convencernos si no fuera porque Laura argumentó que Alberto se enfadaría mucho si lo dejábamos plantado y que Sandra podía tomar el sol en la orilla, que no era para tanto, y ahí fue que ya Laura se le atravesó a Sandra y fue la primera vez que la llamó la “mosquita muerta”, aunque eso a sus espaldas, cuando Laura se marchó con la Eli y nosotras acompañamos a Sandra hasta la puerta de su casa, aguantando el chaparrón de su descontento y amparándonos en las razones de Laura, justificándonos en Laura pero deseando ver a Alberto en traje de baño como un adonis musculoso y bello, tan hombre y tan seguro con su bañador ajustado, sus hombros rectos y su espalda de nadador.

Habíamos quedado en casa de Sandra. Como era habitual, yo llegué la primera, luego llegarían juntas Laura y la Eli, y tuvimos que esperar a Lupe porque, según se excusó, no encontraba el último disco de Niña Pastori, pero aún tuvimos que demorarnos un buen rato hasta que Sandra salió del aseo con una sonrisa triunfante y un nuevo piercing colgado de una aleta de la nariz. Una vez más nos deslumbraba con su arrojo y nos preguntábamos cómo sus padres no intervenían en su desmesura a la hora de traspasarse la cara con tanto herraje, ya que, además del nuevo aro de la nariz, llevaba prendida una pequeña esfera sobre la lengua (“a Alberto le encanta cuando la siente al besarme”) y tres argollas diminutas sobre la oreja derecha, la que Alberto gustaba de lamerle, según nos confesaba divertida mientras dejábamos atrás las últimas casas del barrio y dirigíamos nuestros pasos hacia el canal, donde Apolo nos esperaba ya junto a Ramírez, su inseparable escudero, lector incansable de Leibniz y Spinoza, con sus gafas de miope y los ojos distantes como de quien mira hacia dentro.

-¿Por qué tardasteis? –se nos dirigió Alberto.

-Ya sabes, la cañailla con sus discos –le sonrió Sandra mirando a Lupe.

Pero ya no fue necesario más preámbulo porque Alberto, vamos a bañarnos, se despojaba de su ropa y nos invitaba al agua verdosa de la acequia, y ya la Lupe que le dejaba el walkman a Sandra y todos los discos de la Pastori para que oyera música en la orilla, y las demás luciendo pronto nuestros bikinis, pero Laura, Traidora, con su bañador de competición, resaltando sus altas caderas y marcando apenas las suaves colinas de sus senos incipientes. Sandra le lanzó una mirada de cristales rotos pero Laura sólo acertó a encogerse de hombros con los brazos desmayados a lo largo de su cuerpo adolescente. Ramírez, otrora absorto en sus cavilaciones matemáticas, bajó por un momento hasta el esplendor de los cuerpos sinuosos de las muchachas y, sonriendo un instante, se perdió de nuevo en su universo de mónadas y ecuaciones, Sandra remisa a despojarse de la blusa y las demás asomadas al borde de la acequia, calibrando con la punta de los pies la temperatura del agua.

Podía haber sido una tarde distendida, con el sol de mayo acariciando los cuerpos ateridos, Alberto hundiéndonos blandamente y sacándonos a flote prendido de nuestras caderas; Ramírez, de vez en vez, trazando la diagonal de su mirada hasta la guinda madura de nuestros pezones endurecidos; Laura desconocida, tan recatada siempre y ahora exultante en los brazos de Alberto, riendo sin cesar cada vez que Alberto la buscaba para izarla, la buscaba para zambullirla, la buscaba sin darse cuenta más que a las demás, como el tiburón que desdeña las rémoras y orienta su apetito hacia la presa deseada, hacia la presa deleitosa que disfrutaba del juego ajena a la hiel de Sandra, inconsciente de las emociones encontradas que comenzaban a acrisolar en la mente de Sandra, saltando una y otra vez sobre el agua como un delfín inocente, siendo ya el juego un dúo incesante entre Alberto y Laura, inoculando, sin saber, la ponzoña de los celos en el corazón de Sandra, que ya no oía a la Niña Pastori y se había despojado de la blusa, ostentando, ya de pie, sus poderosas caderas y sus pechos exuberantes.

-Tengo una sorpresa para ti –dijo por fin dirigiéndose a Alberto-, sal un momento.

Nos miramos y miramos a Alberto, que de algún modo percibió en la imperiosa llamada de Sandra un cierto resquemor y, salvo Elizabeth, que se entretenía intentando mojar a Ramírez lanzándole incesantes salpicones de agua menuda, las demás nos demoramos en salir, pendientes del gozo de contemplar a Alberto tan alto sobre el borde de la acequia, deslumbrante de sol y chorreando hilos de agua por todo su cuerpo.

-¿Cuál es la sorpresa? –dijo él.

Y ella, mirándole a los ojos con la más entregada de sus miradas, se volvió sin contestarle y le mostró el tatuaje. Entonces Alberto la prendió de los hombros y, muy pegado a su espalda, le pasó la lengua húmeda por los aros de la oreja, eres una tonta, le susurró apenas, y a continuación corrió hasta el borde del canal y saltó a bomba sobre la superficie tranquila de la corriente, que se quebró en una cortina de agua profanada que vino a alcanzar los Principia Mathematica de Newton, con gran desconcierto de Ramírez, que se apresuró a secar las páginas del libro mientras oía a Sandra llamar a Alberto, no me has visto el piercing nuevo, pero ya Alberto estaba de nuevo invitándonos a que nos uniéramos a la fiesta del baño, al bullicio del agua y las risas y el contacto de los cuerpos tan llenos de vida, y de nuevo Laura haciendo el muerto bajo los brazos tendidos de Alberto, bajo la mirada atenta de Alberto que recorría las dunas leves de sus pechos y se perdía en la hondonada tibia de sus muslos tan prietos, de sus columnas de alabastro orilladas por el verde legamoso del agua de la acequia, y ahí fue que Sandra se sintió sucia, luego nos lo diría, y renegó de su condición de mujer y maldijo la cruz de la menstruación, la ignominia de la sangre que la separaba del placer del agua y las risas de Alberto tan cambiado, tan distante ahora coqueteando con la mosquita muerta, cayendo en la trampa del bañador deportivo y la impostura del cuerpo realzado de forma tan alevosa, como si ella no tuviese las tetas más grandes y las caderas más explosivas, no como esa mocosa de pecho, ella ya era toda una mujer, era la única que había desarrollado, bueno, también la enana, pero la Eli no contaba, ésa sólo aspiraba a ligarse a Ramírez, como si el miope tuviese algún interés por las mujeres, todo el día con los libros a cuestas, y los piercing qué, ¿cuántos agujeros más tendría que hacerse para reclamar la atención de Alberto?, ¿acaso no era ella la más lanzada del grupo, la más moderna, la única que bebía cerveza sin vomitar y había probado la yerba? Si él se lo pidiera, ella se dejaría, a pesar del recuerdo de su padre, pero él nunca se lo había pedido, sólo los besos y la lengua en la oreja, la mano temblorosa explorando la carne ignota, la piel de gallina erizada de deseo y asustada, recordando los pasos del padre en la noche avanzada y el pomo de la puerta girando y el olor a sudor y a tabaco y a vino de taberna y las manos ásperas como lija, cuarteadas de salitre y de maromas, de las redes frías de la madrugada, y la reprobación de la madre, “si lo denuncias será peor, es un pobre borracho”, y Sandra desconcertada, “pero él te pega”, y la madre en

defensa del padre, acostumbrada a los golpes y el desdén, atrapada en la tela de araña de la rutina de los días, de los esfuerzos y esperanzas compartidos, del temor al futuro y, en medio, el rescoldo del amor que un día fue verdadero, que tuvo luz propia y les marcaba la senda correcta, como el faro que nunca descansa y avisa con su abrazo de luz de los peligros de la noche, de los escollos de las sombras.

De modo que ya no hubo lugar para el goce y Sandra convocándonos a todas para la vuelta, aunque aún era temprano, pero quizás tarde, porque ya estábamos de regreso vislumbrando a lo lejos las primeras casas, todas una piña en torno a Sandra malhumorada, Sandra con una sombra oscura en la mirada como si la cruzaran desconcertados cuervos, y, más atrás, Laura entre Ramírez y Alberto demorándose entre risas, y nosotras al trote, poniendo tierra de por medio, alejándonos a toda prisa de la infamia de la traición de Laura, perdidos ya de nuestra vista por el recodo del camino y dudando de la lealtad de Alberto, los besos de Alberto tan livianos, apenas sin dueño en el frenesí de la primavera y tanta flor que se abre, pero confiados por Ramírez, por la presencia permanente de Ramírez que los acompañó todo el rato, “la dejamos en su casa”, nos diría después, pero el daño ya estaba hecho y la ocasión se presentó en la noche del sábado, cuando ya las chicas nos recogíamos y Alberto y Ramírez se quedaban con los de cuarto para continuar la fiesta hasta la madrugada, y ya estábamos de vuelta camino de casa, todas juntas como si tal cosa, Laura ajena comentando la ocurrencia de Alberto de lanzarle el avión en la clase de inglés con la nota: “¿repetimos lo del canal?”, y el resto sobrecogidas mirando a Sandra, esperando la reacción de Sandra que no decía nada, ensimismada y tensa como piel de tambor, y entonces el descampado entre los bloques de pisos, el solar oscuro plagado de derribos y ortigas blancas, y ahí que Sandra se le plantó delante a Laura, te crees muy lista, ¿verdad?, y ya la agarró por el pelo y la hizo caer de dolor, y el trozo de adoquín en su mano golpeándole en la cabeza, y la Eli y la Lupe sumadas al desvarío, lanzándole patadas y arrancándole manojos de pelo, y yo paralizada de terror, atenazada por la sinrazón de la sangre de Laura que brotaba de su frente y de su boca, hasta que Sandra: tú también, Toñi, y yo incapaz de moverme, creyendo vivir un sueño, esperando despertar de un momento a otro de la pesadilla a que me habían conducido las copas no acostumbradas, la ginebra asquerosa tragada a buchec para infundirme ánimos, jaleada por la cañaílla que no dejaba de dar hipidos, échame una mano, prima, en un remedo imposible de Niña Pastori, actriz secundaria de una comedia bufa aderezada de alcohol y música estridente que a poco se había tornado en un drama de imprevisibles consecuencias, y ahora estaba ahí, con las manos de Sandra apretando la piedra entre las mías, y dale ya, tú también estás metida en esto, pero yo sin poderme mover, hierática, queriendo huir pero inmóvil, como alcanzada por la ira candente, por el magma justiciero de un Vesubio vengador, asistiendo incólume a la tragedia de Laura, ahora ya sin pantalones, con la bragas desgarradas y hurgando en su sexo con un palo, Sandra acometida por la locura, “debe parecer una violación”, Sandra inmersa en la vesania, en el delirio de la posesión, y Laura allí, exangüe ya, como una cariátide postrada, soportando la crueldad infinita del ser humano, yerta efigie profanada que miraba sin ver la luz que alboreaba, tan pálida ya entre los escombros.

De ahí en adelante todo fue una huida, con el telón de fondo de las delaciones en cadena, todas acusando a Sandra como inductora del crimen, aunque ella defendiéndose con la mentira,” resbaló y se golpeó con una piedra, se lo juro, señoría”, adiestrada por el abogado defensor, “no queríamos hacerle daño, estábamos bebidas, ella me había levantado el novio y merecía un escarmiento, se lo juro, señor juez, sólo queríamos eso, pero ella resbaló” y ahí ya fue mi turno y conté la verdad con pelos y señales y las demás, bien asesoradas, apoyaron mi versión y dirigieron el dedo acusador hacia Sandra altanera, Sandra cargada de quincalla en su cara crispada, Sandra desoyendo a su abogado en cuanto a la imagen que debía dar en el estrado, confiada en su minoría de edad, llena ya la cabeza de historias carcelarias mientras la prisión preventiva antes del juicio, renegando de la Eli y la Lupe, que ahora eran ya para siempre la enana y la cañaílla, y sobre todo de mí, la gorda delatora, ahora todas sin nombre

propio, motejadas de por vida en boca de Sandra, y yo saliendo absuelta de todo cargo por mi colaboración con la justicia y ahora sólo esperando, asustada y confundida, a que Sandra cumpliera la condena leve que le había impuesto el Tribunal de Menores, despertándome cada noche con la frase que me dirigió tras oír su condena: “¡te acordarás de mí, gorda de mierda!”, me había amenazado mientras era conducida entre alguaciles fuera de la sala, y, aunque las pastillas me ayudan a conciliar el sueño, yo aguardo mi destino estoicamente ayudada por Ramírez, que me adentra poco a poco en los entresijos de la filosofía y me habla de Séneca y la templanza, olvidado de Alberto que dejó el instituto y se enroló en un pesquero de altura con el padre de Sandra, sin saber que Sandra no puede dañarme ya, que mi dolor vive al margen de Sandra, que sólo me importa entender en qué momento nos equivocamos, en qué encrucijada erré el camino y me dejé llevar, preguntándome continuamente si yo pude evitarlo, sabiendo que el dolor no es el miedo a Sandra, que el dolor es Laura con sus trenzas en primaria, Laura tan torpe sobre la bicicleta, Laura tan discreta siempre y de repente el bañador deportivo, Laura casi mujer con su cuerpo esplendente y espigado, Laura al fin con los ojos abiertos mirando sin ver, ocultas las estrellas por la jauría encima sobre su rostro sobrecogido, y esa piedra manchada con su sangre que Sandra puso en mi mano, imposible ya saber qué pasó con ella, tan sólo Laura como un dolor lacerante y continuo, un dolor que ya es como una segunda piel que me envuelve y me asfixia; Laura tan lívida entre las ortigas blancas, Laura rígida en el suelo como una Venus ultrajada por la barbarie de los celos, Laura invitándome sin estridencias hacia el vértigo dulce del Luminal, hacia la gaveta cerrada en la habitación de mis padres, tan fácil de profanar, ay, a pesar de la llave, de Ramírez y Epicteto y Zenón de Citio.